



La justificación en la epístola a los Gálatas (1ª parte)

El tema de cómo el hombre pecador puede salir airoso ante Dios y a través de qué logra la justificación, fue tratado por la comunidad de Galacia. El Apóstol Pablo respondió en la epístola a los Gálatas cuál es el papel que tiene el cumplimiento de la ley para alcanzar la justificación.

— ¿Qué significa la justificación?

El concepto de la justificación apunta al interrogante de en qué forma el hombre pecador puede salir airoso ante Dios, es decir en qué forma puede ser justificado. ¿Por sus obras o por la gracia divina? El hombre es pecador por naturaleza; independientemente de sus actos concretos, es culpable ante Dios. Únicamente se ganó la muerte. Sólo puede salir airoso ante Dios, si Dios se dedica a él y lo libera. La justificación siempre proviene de Dios y es obra de Dios en el hombre. No obstante, surge la pregunta de con qué puede contribuir el hombre para alcanzar la justificación y qué posición se le asigna a la ley mosaica dentro del hecho de la justificación.

En el antiguo pacto se pensaba que el cumplimiento de la ley conducía a la justificación válida ante Dios. Ningún hombre pudo cumplir todas las exigencias de la ley, excepto Jesucristo. Por lo tanto, el hombre jamás pudo ser justificado a través de la ley. Esto queda demostrado en forma ejemplar en la epístola a los Gálatas.

A la joven comunidad cristiana formada por judíos y gentiles se le presentó el problema de qué validez tenía aún la ley mosaica para quienes creían en Cristo. ¿Era necesario -se reflexionaba- que los gentiles se dejaran circuncidar antes para poder pertenecer a Jesucristo, y seguían teniendo importancia los mandamientos sobre los alimentos y la distinción entre puro e inmundo?

Sobre estos temas hubo discusiones en las comunidades. En la asamblea de Apóstoles que tuvo lugar alrededor del año 48 d.C. en Jerusalén, se abordaron esas preguntas y se intentó encontrar una solución aceptable tanto para judíos como para gentiles. A los gentilcristianos, los Apóstoles y Ancianos de Jerusalén les comunicaron que debían abstenerse de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación (comparar

con Hch. 15:28-29). Aquí ya no se habla de la necesidad de que los gentiles se circunciden. Más bien se aconseja a los gentiles sobre formas de conducta que respetan las interpretaciones morales y las costumbres básicas de los judeocristianos. Los gentilcristianos no deben comer carne proveniente de un sacrificio a ídolos, también deben evitar la sangre y la carne de animales que no fueron sacrificados conforme a las costumbres judías. Además se les impone una exigencia moral general, la de abstenerse de “fornicación”, es decir orientarse en las pautas morales de la ley mosaica.

El Apóstol Pablo muestra el significado que tiene la ley mosaica para la fe de los cristianos en general, y va mucho más allá de lo que expresa el así denominado decreto de los Apóstoles (comparar con Hch. 15:23-29).

■ La situación de las comunidades en Galacia

La región de Galacia se encuentra en la parte central de la actual Turquía; su centro es hoy Ankara. Allí las primeras comunidades cristianas estaban formadas ante todo por gentilcristianos. Algunos predicadores les transmitieron inseguridad, ya que les aseguraron que para ser verdaderos cristianos debían guardar la ley mosaica. También exigían que los gentilcristianos debían dejarse circuncidar y debían cumplir con los mandamientos sobre los alimentos. Además propagaron una expresa devoción al calendario, que consistía en guardar con precisión determinados “días, meses, tiempos y años” (comparar con Gá. 4:10). El Apóstol Pablo en su epístola se dirigió en contra de estas tendencias, cuyos representantes probablemente provenían de los círculos judeocristianos.

Con vehemencia el Apóstol previno de la adulteración del Evangelio por judeocristianos devotos a la ley: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gá. 1:6-8).

Con estas duras palabras el Apóstol deja en claro la gravedad de la situación. El regreso a la ley mosaica no es algo superficial, no es expresión de entrega a costumbres y hábitos judíos, sino que es apartarse del Evangelio, como lo había predicado Pablo a los hombres en el nombre de Jesucristo.

■ Fe y obra de la ley

Al comienzo de sus explicaciones sobre la justificación, el Apóstol destaca el antagonismo entre la ley y el Evangelio. Le pregunta a la comunidad del Señor cómo había sido posible que los Gálatas se dejaran guiar por el Espíritu Santo: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gá. 3:2). El oír con fe está al comienzo de la relación con Dios y lleva a recibir el Espíritu. La recepción del Espíritu, explica Pablo, no acontece por los esfuerzos humanos, sino que también es consecuencia del “oír con fe”, o sea, del anuncio de la gracia de Dios, que se manifiesta al hombre en Jesucristo.

A continuación, el Apóstol se refiere a Abraham y cita a Gn. 15:6: “Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham” (Gá 3:6-7). La fe de Abraham, su confianza incondicional en Dios, es el motivo de la justificación que le fue concedida. Esta repercusión que incumbe a la fe de Abraham, tiene repercusiones decisivas en quienes creen en Cristo en general, y en especial en los gentilcristianos, pues a ellos se les asegura que son hijos de Abraham. Han llegado a ser hijos de Abraham no por la circuncisión –es decir, por obra de la ley– como algunos exigían en las primeras comunidades cristianas, sino por la fe. Por lo tanto, se equipara a los gentilcristianos y los judeocristianos, y estos conforman una única comunidad.